

JORNADA TRANSATLÁNTICA (1941)*

Últimos días de octubre, 1941, en el Atlántico Norte, un barco portugués, repleto de españoles republicanos —entre ellos el primer presidente de aquel régimen, Don Niceto Alcalá-Zamora— navega el *Quanza* siguiendo un derrotero marcado por el mando naval inglés para evitar en lo posible a los submarinos nazis. Tardamos, para llegar a las costas mexicanas tres semanas y son frecuentes los días de constante marejada que afecta a los pasajeros, sobre todo a los varones que ocupan las literas del gran dormitorio común en la cala del *Quanza* y que no optan por subir a cubierta para dar veinte o más vueltas al puente de popa, como aconsejan las instrucciones portuguesas contra el mareo. Allá arriba me encuentro con Don Blas Cabrera, dando las prescritas *voltas*, y a quien me uno para poder pedirle otro género de instrucciones: las que precisaba aquél tinerfeño que iba a cumplir veinte años en unos pocos meses y que esperaba la reválida automática —en la Universidad de México— de su recién ganado Bachillerato francés, en el liceo de Casablanca. “Don Blas, ¿qué me aconseja, qué carrera debo escoger?”. Don Blas Cabrera —nacido en Lanzarote pero criado en Tenerife— me escucha con atención, no obstante los bandazos del frágil *Quanza* y a manera de respuesta me hace un relato autobiográfico sobre los problemas de la vocación de un joven español de su propio tiempo y también más tarde el de sus hijos: relato que no repetiré ahora para no desviar demasiado nuestro derrotero. Si, en cambio, citaré, literalmente, la recomendación de Don Blas Cabrera: “escoja usted la carrera que más le guste”. Comprenderán así, ustedes, mi emoción en esta ocasión, porque gracias a Don Blas me encuentro aquí,

**Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, Diciembre 1993, Nº 18, págs. 83-90.

ahora, en este lugar tan grato para todos los canarios conscientes de su historia, y deseosos de proseguirla. El arribo al puerto mexicano de Veracruz —el 18 o 19 de noviembre, 1941— fue, por supuesto, un episodio memorable para todos los pasajeros del *Quanza*: mencionaré, de paso, que la mitad del pasaje la constituían judíos, europeos que se dirigían a los Estados Unidos. No se repitieron, sin embargo, para los españoles, las ceremonias de acogida oficial mexicana que habían celebrado la llegada de los primeros barcos de 1939. Subimos a la altiplanicie mexicana por antonomasia, la del llamado Distrito Federal y descubrí enseguida que el año escolar mexicano era distinto al europeo, pues comenzaba a fines de enero, concluyendo a mediados de noviembre. E inmediatamente acudí a las oficinas administrativas de la Universidad Autónoma de México en el centro mismo de la capital, que regentaba una de las personas más expeditas que he conocido: la ya legendaria señorita Pimentel, que ella solita con papel y pluma solventaba los más complicados asuntos universitarios. Así, al cabo de diez días me comunicó que mi bachillerato francés había sido revalidado sin problema alguno, y que, por lo tanto, me podía matricular en la Facultad que quisiera. Tuve, claro está, vacilaciones, ya que algunos de los jóvenes españoles que había conocido estaban matriculados en las facultades que podríamos llamar “prácticas”, tales como Ciencias Químicas, Ingeniería Industrial y otras análogas, cuyos graduados encontraban colocación fácilmente en un país como el México de 1942 ya empeñado en su transformación económica y tecnológica. Al empezar las tareas universitarias decidí seguir la corriente de mis compañeros españoles matriculándome en las dos veces centenaria Escuela de Minas, a la vez que en la recién fundada Facultad de Ciencias —donde profesaría Don Blas Cabrera— más pronto sentí que mis inclinaciones intelectuales me “empujaban” hacia la también relativamente “joven” Facultad de Filosofía y Letras. Y antes de hacer el traslado aludido

pedí el consejo de Don Agustín Millares que figuraba entre los profesores españoles de aquella Facultad. Me dio cita en la Biblioteca Nacional donde trabajaba en las mañanas evaluando —salvando, en verdad— centenares por no decir miles de libros allí amontonados por las vicisitudes de la historia de México, desde las primeras liquidaciones de monasterios y conventos en el siglo XIX. Don Agustín me atendió muy cordialmente y me animó (al igual de Don Blas) a hacer los estudios que yo estimara más apropiados: me alertó, sin embargo, sobre el patente peligro de los escasos ingresos percibidos por un graduado de Filosofía y Letras en México. La prueba la tenía ante mis ojos, allí, en aquella antigua iglesia barroca, donde él e Ignacio Mantecón, completaban sus emolumentos universitarios y, de paso, añadido yo ahora, restauraban ejemplarmente el legado cultural de la otrora llamada Nueva España a la República Mexicana emanada de la Revolución iniciada en 1910. Don Agustín no se proponía disuadirme, pero sí quería advertirme de los riesgos profesionales de mi probable futuro como doctor en Filosofía y Letras en México. Y quedamos en vernos en Mascarones, un muy bello convento barroco donde tenía su sede la Facultad.

Opté, finalmente, por la Facultad de Filosofía y Letras, combinando los estudios históricos y filosóficos: pudiendo así aprovechar las enseñanzas de los “filósofos” españoles (Joaquín Xirau y José Gaos) y del eminente historiador mexicano Don Edmundo O’Gorman, mi principal maestro. Me encontré también en Mascarones con mi profesor de filosofía del Instituto “Salmerón” de Barcelona, en el curso 1937-1938, que fue una extraordinaria experiencia intelectual: mas las asignaturas a cargo de Eduardo Nicol no entraban en mi plan de estudios, y no volví a escucharle en las aulas de Mascarones. Sí escuché, en cambio, al verdaderamente venerable Don Rafael Altamira —recordemos que había nacido en 1866— cuyas lecciones consistían en comentarios muy personales de pasajes de

su propia y famosa obra *Historia de España y la civilización española*. Una de las clases fue singularmente efectiva en mí: porque Altamira llamaba *oasis* a las seis décadas españolas que mediaban entre las transacciones de 1876 y la catástrofe del año más destructor de toda la historia moderna de España, 1936. Aquel insigne español era justamente *el oasis* aludido: y no sólo por la cronología biográfica individual.

Oasis (*Diccionario de uso del español* de la muy benemérita Doña María Moliner): segunda acepción, “lugar o ambiente de reposo y de bienestar en medio de otro que no lo es”. Sí, acertaba Don Rafael al calificar —desde la melancolía del exiliado— de “oasis” a la época española 1876-1936: y acertaba Altamira porque lo que él veía ahora en el horizonte retrospectivo de aquella España tan suya no era un espejismo. Y aquella España precisamente, nos congrega, aquí en este *oasis* también muy verdadero del Museo Canario, a diversos estudiosos que han investigado distintas franjas y figuras de aquel oasis histórico de las seis décadas 1876-1936.

Hay una ausencia patente que ustedes lamentarán como si fuera un olvido voluntario: la de Don Benito, cuyo nacimiento hace siglo y medio ha sido celebrado por el hispanismo internacional aquí mismo. Don Benito era, por supuesto, el oasis tanto como otras figuras que nos es obligado soslayar: más, sobre todo, Galdós era uno de los “hacedores” del *clima liberal* enmarcado por las fechas 1876 y 1936, época española que se puede calificar de “Segunda Edad de Oro” de la cultura española: baste mencionar como una desafortunada nominación la de *Edad de Plata* hecha por el autor de un libro con ese título, que ha sido utilizado, o más precisamente consagrado, por el grueso volumen de la *Historia de España* iniciada por Don Ramón Menéndez Pidal (quien, por supuesto, es, al igual de Don Benito, uno de los principales *hacedores* del clima español de 1876-1936). Quisiera hacer aquí una observación semántica sobre el

vocabulario historiográfico (¡y perdonen ustedes por el empleo de una jerga profesional!): entre historiadores de los dos lados del Atlántico se ha utilizado desde hace ya una treintena de años el acoplamiento inglés de *weather* (clima, tiempo) y *maker* “hacedor, fabricante”, como término y concepto que permitiera referirse con cierta precisión al papel de algunos individuos —en general “intelectuales”— en algunas épocas cruciales de la historia occidental. De ahí que proponga llamar a Galdós *hacedor* del clima liberal 1876-1936. Y así lo sintieron los miles de españoles de todas clases que le acompañaron el día de su entierro. Un texto, en el periódico *El Sol* del 5 de enero de 1920, expresaba el patente sentimiento colectivo:

El pueblo sabe que se le ha muerto el más alto peregrino de sus príncipes... Habrá un dolor íntimo y sincero que unirá a todos los buenos españoles ante la tumba del maestro inolvidable. Y esto valdrá por todos los decretos que puedan aparecer en *La Gaceta*...

Las palabras citadas pertenecen a un artículo editorial, sin firma alguna de *El Sol*. Pero, gracias a Don José Ortega Spottorno se sabe que fueron escritas por su padre, el Ortega de “todos los buenos españoles”.

Parecerá, sin duda, a algunos de ustedes que me he desviado del derrotero que antes seguía. Más los canarios a quienes rendimos homenaje esta semana —Blas Cabrera, Juan Negrín, Agustín Millares— tienen en común el haber sido beneficiarios del clima liberal de España toda. Se ha querido, además, honrar la memoria de una figura peninsular de la generación de Galdós cuya contribución al clima liberal de la España de 1876-1936 será expuesta por un estudioso de su pensamiento y acción intelectual, aquí, el jueves próximo. No puedo, sin embargo, dejar de considerar brevemente lo que ha significado Giner de los Ríos —*Don Francisco* como le llaman los herederos espirituales— en mi propia historia: porque sin mi relación con *su* Institución Libre de Enseñanza no

estaría yo ahora ante ustedes. Acortaré mi testimonio, dejándolo en su forma más escueta. El año 1935 nuestra familia —mis padres y sus dos hijos— se trasladó a Madrid: nada más llegar pedí a mi padre que viera el modo de ingresarme en el Instituto-Escuela. No exagero al decir que yo soñaba con el Instituto-Escuela desde el momento que escuché a una persona amiga narrarme sus méritos pedagógicos: recuerdo con precisión el lugar de la Playa del Médano donde me enteré de la existencia del Instituto Escuela de Madrid. Murió mi madre en julio de 1935 y al año siguiente sobrevino la que Juan Ramón Jiménez llamaría “guerra ajena”. Permanecí en el Madrid asediado —en cuya defensa participó el “Batallón Canarias” en cuyo reclutamiento participó mi tío Domingo Pérez Trujillo, fundador del partido Socialista en Canarias— mas en diciembre de 1936 fui evacuado a Valencia, la nueva capital republicana. E ingresé inmediatamente en el Instituto “Blasco Ibáñez” que se albergaba en los locales del Instituto-Escuela valenciano. De aquella estancia en Valencia recuerdo sobre todo a nuestro profesor de latín, jubilado ya hacía muchos años, pero que se había ofrecido a las autoridades educativas republicanas para desempeñar nuevamente sus funciones docentes. Había sido diputado republicano por Cádiz mucho antes del 14 de abril de 1931. Vestía como un profesor de 1900, y se llamaba, además, Roma. Conocedor de la política republicana en estas islas me solía preguntar por la situación canaria, confundiendo tiempos y personas pero recordaba que Santa Cruz de Tenerife había tenido un Ayuntamiento de mayoría republicana que había dado a la más importante de sus ramblas, el nombre “Once de Febrero”, en memoria de la Primera República, la de Salmerón (el catedrático de Metafísica) y otros paradigmas de integridad. Diré de paso que nací en una casa de aquella Rambla cuyo nombre actual debería ser sustituido por el original: aunque mucho me temo que pocos tinerfeños sabrán identificar el Once de Febrero.

Y justamente en el Instituto “Salmerón” de Barcelona ingresé a comienzos de 1938 para cursar el penúltimo año del Bachillerato republicano (que constaba de siete años): y allí pude estudiar con excelentes profesores catalanes que duplicaban sus tareas docentes al dar separadamente sus correspondientes asignaturas en las dos lenguas oficiales de Cataluña. Año más tarde hice mi noviciado docente en el Instituto “Luis Vives de México”. Allí se congregaron profesores y estudiantes españoles republicanos: en una atmósfera muy semejante a la de la Institución Libre de Enseñanza. Y quisiera recordar ahora al entonces director del “Vives” —Don Rubén Landa— a quien tanto debo. Gracias a él pude conseguir un puesto de “instructor” en la Universidad de Princeton, que me permitiría seguir cursos de doctorado con Don Américo Castro, eminente historiador de la lengua y el “ser” de España, muy unido a la Institución Libre de Enseñanza. Mis años de México (1942-1946) no fueron dedicados solamente a los estudios en la Facultad de Filosofía y Letras (y a la docencia en el “Vives”): como tantos centenares de españoles republicanos allí establecidos pensábamos en la eventual restauración de la Segunda República y en la mayoría de los casos se agrupaban en organizaciones que correspondían a los partidos republicanos exiliados. No quisiera abrumarles a ustedes con datos y episodios de aquella emigración política: a quien pueda interesarle estas cuestiones le aconsejo la consulta del segundo volumen de la obra colectiva dirigida por José Luis Abellán. *El exilio español de 1939*, Taurus, 1976. No traté, sin embargo, en mi contribución —“Las fases políticas del exilio (1939-1975)”— lo que ahora expondré con la obligada limitación de tiempo: y que atañe muy directamente al homenaje que Las Palmas y Canarias toda, rinde a la buena memoria de Don Juan Negrín.

La historia no se repite nunca, pese a lo que se haya dicho desde el comienzo de la civilización. O más precisamente, “La historia es la ciencia

de lo que sólo ocurre una vez” (como lo formuló el historiador francés, Charles Seignobos). Esta afirmación se aplica, lógicamente, mucho más a las historias individuales: cada ser es absolutamente único, irrepetible antes y después de su existencia (¡por eso la ingeniería genética puede significar un fin de la historia más peligroso que el pretendido de Fukuyama!). ¿Cómo atreverse a esbozar siquiera la singularidad histórica de Juan Negrín, una de las individualidades, políticas e intelectuales del siglo XX europeas, más difícilmente encasillables, aun siguiendo los principios biográficos más respetuosos de la figura retratada? Añádase a esas cautelas un hecho que dificulta la reconstrucción biográfica de Juan Negrín: la carencia, casi total, de escritos de su pluma. En suma, como tantos españoles de ayer y hoy, Juan Negrín se llevó sus *secretos* al más allá de su tumba en Père-Lachaise de París. ¡Y tanto guardó para sí que hasta ordenó que no figurara nombre alguno en la piedra del sepulcro! (Me pregunto si el Ayuntamiento de Las Palmas no podría obtener la autorización familiar para inscribir el nombre de don Juan en la tumba).

Volvamos, ahora, al año 1945, exactamente al 1º de agosto: en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México —el mayor auditorio existente entonces allí— Juan Negrín, llegado de Londres (donde había permanecido desde 1940), se dirige esa velada a los españoles republicanos de México. Todos los asistentes (unas cinco mil personas) saben que son testigos de una velada histórica para la comunidad republicana española. Recordemos que el Dr. Negrín se había trasladado a Londres en junio de 1940, en condiciones singularmente dramáticas, cuando la Tercera República francesa se derrumbaba ignominiosamente. Juan Negrín quiso entonces salvar a los españoles más políticamente destacados de caer prisioneros de los nazis, y así acudió —en un recorrido que sólo cabe imaginarlo en un corazón intrépido como el suyo— al Exprimer Ministro Francisco Largo Caballero para acompañarle al pequeño

barco que de Burdeos les llevaría a Inglaterra. El antiguo presidente de la UGT no quiso escapar de las tropas alemanas —y en un campo de concentración nazi pasaría varios años— mas Negrín se dirigió entonces a la costa francesa cercana a Burdeos donde se encontraba el dimitido Presidente de la Segunda República, Don Manuel Azaña: a quien ofreció un lugar en el barco griego que había fletado para escapar de Francia. Azaña fue incapaz de separarse de su familia: pocas semanas más tarde habría de huir del acoso nazi en una ambulancia municipal que le permitiría llegar a Vichy y Montauban, Juan Negrín se dispuso a partir para Londres sin Largo Caballero ni Azaña, y a punto de embarcar vio en el muelle de Burdeos a la figura política española más opuesta (y en gran medida responsable de lo acontecido en julio de 1936): Santiago Casares Quiroga. Negrín no dudó un instante y le pidió que se uniera a él y los demás acompañantes (y Casares Quiroga fue huésped de Negrín durante la Segunda Guerra Mundial en su casa de las cercanías de Londres). En esos años, pero particularmente en 1940-1941 cuando Inglaterra era el único país europeo que defendía la civilización *liberal* (tomando este vocablo en su recto sentido), Juan Negrín sentía que allí estaba su sitio, como otros políticos europeos continentales que se habían refugiado en Inglaterra al ser ocupados sus países por los invasores nazis. En Londres había un número pequeño de españoles, asociados casi todos a los patriotas franceses encabezados por el general De Gaulle. O sea que para hacer “política” republicana española no era Londres una ciudad ventajosa. La capital del exilio era, manifiestamente la ciudad de México. Debemos tener presente también que la documentación relativa a los españoles republicanos de dos o tres ministerios británicos (para los años 1940-1945) muestra que el gobierno caudillista hacía repetidas gestiones para que las autoridades inglesas obligaran a Negrín a salir del Reino Unido. En una palabra, Juan Negrín tenía la firme convicción de que el

lugar de residencia del jefe del gobierno legal de España era la capital inglesa. Y, por supuesto, Negrín sabía que su lejanía de México era un peligroso inconveniente para lo que él representaba. Se comprende así que cuando Negrín decidió hacer un viaje a México, muchos admiradores suyos se congratularon, mas no sin temores serios sobre la acogida a Negrín por parte del “Establecimiento” socialista-republicano dominado por Don Indalecio Prieto, el enemigo acérrimo del Dr. Negrín.

Un pequeño grupo de jóvenes españoles, todos “negrinistas” decidimos entonces publicar un pequeño periódico mensual, titulado *Acción*, determinado a mostrar que Juan Negrín era el único presidente posible del nuevo gobierno republicano en el exilio, para los demás gobiernos exiliados de Londres. Debo añadir que por estar en relación personal con la embajada francesa en México supe que tenía instrucciones del general De Gaulle de reconocer al nuevo gobierno republicano español si lo presidía el Dr. Negrín. Y de no serlo debía abstenerse el delegado diplomático francés de hacer ningún gesto favorable a las nuevas instituciones republicanas españolas. En suma, sabíamos los jóvenes de nuestro periodiquito que la única figura con resonancia internacional entre los países aliados era Negrín. Pero también sabíamos que la mayor parte de los políticos republicanos exiliados en México le eran adversos. Decidimos entonces que era imperativo comunicar con Negrín nada más llegar él a México para mostrarle el peligro que comportaba su dimisión, y rogarle que no la efectuara. Tal como habíamos previsto: el nuevo gobierno republicano no estaba encabezado por Negrín sino por la antítesis de su talante político. He de confesar que nos sentimos defraudados por Negrín y cerramos las paginitas de nuestro periodiquito negrinista. Pero no es esta ocasión la adecuada para repasar aquellas historias socialistas o republicanas. Lo que marca estas jornadas es, justamente el realzar la dimensión histórica de cada una de las figuras objeto de nuestro respeto y

el del pueblo canario. En el caso de Juan Negrín hay, sin embargo, una particularidad biográfica que lo distingue tanto en su grupo canario como en la misma generación española toda de 1914. La distinción es la siguiente: Juan Negrín fue el muy raro intelectual que también era un verdadero hombre de acción. Y que lo era en consonancia con los tremendos sucesos que le tocó vivir a España y a Europa toda desde los primeros asaltos de la barbarie nazi contra la civilización liberal. Recordemos que Juan Negrín era un europeo de cuerpo entero: es más, me atrevo a afirmar que no ha habido en la historia moderna española un político tan plenamente europeo, tan gozosamente europeo como Juan Negrín. De ahí la intensidad de su dolor —y de su indignación— cuando las figuras más destacadas de la Europa Liberal permanecían insensibles ante lo que se ventilaba en España. Una anécdota de la primavera de 1938 —extraída del *Diario* del Presidente Azaña: una magna figura de aquella Europa Liberal— muestra cuánto distanciaba al Jefe del Estado republicano de su propio Primer Ministro. Azaña está muy impaciente pues no llega Negrín para informarle de la situación crítica en el llamado frente del Este. Se anuncia al Presidente del gobierno, que acude presuroso a saludar al Jefe del Estado y le informa con detalle de la situación militar. Hablan algo más y se despiden. Aquella noche observa Azaña en su *Diario* que las botas de Negrín estaban cubiertas de barro, dando a entender que el Jefe de su gobierno debería haberlas hecho limpiar para su visita con el Presidente. Negrín, en verdad, era el hombre de acción que estaba justamente en el barro de la tormenta destructora que era la historia europea desde 1933. (Azaña, digamos de paso, era en cambio, la Europa asaltada que no sabía cómo defenderse de sus agresores). Alguien ha observado que si Negrín hubiera estado en 1936 a la cabeza del gobierno republicano español, no habría habido guerra civil. Este género de observación retrospectiva es, por supuesto, siempre

gratuito, más, en el caso de Negrín doblemente inútil ya que su excepcional condición de hombre de acción se reveló precisamente con la tormenta política de la Europa de su tiempo.

La europeización de España era el programa de la generación de Blas Cabrera, Agustín Millares y Juan Negrín: programa que se realizó, sin duda alguna, en las tres décadas entre 1906, año del Premio Nobel otorgado a Cajal, y 1936, el año de la muerte de Unamuno, García Lorca y tantos y tantos miles de españoles. Se habla de aquella sin par catástrofe como un episodio peculiar español. Pero no lo fue. Y hay que repetirlo y gritarlo como lo hizo Juan Negrín: la España de 1936, al ser el resultado de una vasta europeización, era también la víctima de la destrucción de la cultura europea iniciada en la Alemania de 1933. De ahí que Juan Negrín viera con excepcional lucidez que la Guerra de España tenía un carácter transnacional. Defender hasta el último cartucho la España europeizada, era defender la Europa de la cultura moderna. De ahí que Juan Negrín sea verdaderamente una de las grandes figuras épicas de este siglo.

Juan Marichal